

el ódio de la mayoría de los hombres, dice, no es posible desconocer que los Griegos deben su salvación á la abnegación de los Atenienses» (1). Y ¿quién fué el inspirador de la democracia Ateniese en el momento solemne en que se decidieron los destinos de la Grecia y de la humanidad? Un hombre de nacimiento oscuro, pero cuyo nombre brilla en la historia al lado de los más nobles, Temístocles. Del seno de la democracia ateniense salieron también los filósofos, los poetas, los oradores, que llevaron por el mundo entero la gloria de los Helenos.

(1) HEROD., VII, 139.

CAPITULO IV.

LA NACIONALIDAD HELÉNICA.

§ 1.—Los Anfictiones (1).

Durante mucho tiempo la historia antigua ha sido un arma en manos de la democracia moderna. Nuestros padres buscaban en los tiempos pasados el modelo de las instituciones, cuya necesidad sentían; creyeron hallar, unas veces en los bosques de la Germania, otras en Esparta y en Atenas, las garantías políticas de que carecían. Satisfechos con este descubrimiento, dijeron que la libertad era antigua y la servidumbre moderna; reclamaron los derechos del hombre, fundados en títulos tan antiguos como el género humano. Hoy, que nos hallamos en posesión de la organización social, tan ardientemente deseada por nuestros padres, no necesitamos violentar la historia para alcanzar la libertad: podemos señalar, sin presunción, los errores generosos de los sabios y de los historiadores. La idea que el siglo XVIII tenía de los Anfictiones es uno de estos errores.

Montesquieu, con la superioridad del genio, sabe apreciar las ventajas del gobierno federal: «Compuesto de pequeñas repúblicas, goza de la bondad del gobierno interior de cada una de ellas; y

(1) SAINTE-CROIX, *De los gobiernos federativos*, art. 1-5.—*Real Encyclopédie der classischen Alterthumswissenschaft*, en la palabra *Amphiktyonen*.—GERLACH, *der Bund der Amphiktyonen (Historische Studien*, p. 1-47).

en el exterior tiene, por la fuerza de la asociacion, todas las ventajas de las grandes monarquías.» Pero el ilustre escritor se engaña, cuando añade que estas asociaciones produjeron el florecimiento de la Grecia, la cual no pereció hasta que los reyes de Macedonia ocuparon un lugar entre los Anficiones (1). Mably, cuyo espíritu ménos histórico estaba siempre preocupado con lo presente al estudiar lo pasado, pronunció, con motivo de las asambleas anficionías, la palabra que hacía estremecer de esperanza á la Francia: eran, segun él, los *Estados generales* de los Helenos (2). Los sabios participaban de la misma opinion: segun el juicio de Goguet, «los Anficiones representaban á la nacion con plenos poderes para resolver y para sostener con la fuerza sus resoluciones; formaban de las repúblicas griegas una sola y misma república; cuando la invasion de los Persas, salvaron á la Grecia; su institucion era una obra maestra de la política» (3). Fréret adoptó la misma opinion (4). Necesitó Sainte-Croix mucha entereza para combatir á tan poderosas autoridades; demostró que no habia existido gobierno federal entre los Griegos ántes del establecimiento de la liga Aquea.

Los antiguos atribuían á Anficion, hijo de Heleno, el establecimiento del Consejo que lleva su nombre (5). Hay que considerar esta tradicion como una fábula al ver las anficionías extendidas en gran número por la Grecia, sin que se advierta ninguna relacion entre estas asociaciones y el personaje de Anficion. Ya en la antigüedad algunos escritores habian buscado una explicacion más natural del origen de las Asambleas anficionías. Algunos pueblos vecinos construian un templo para celebrar en él los sacrificios de un culto comun; cerca del santuario se reunia un Consejo elegido por las tribus interesadas y encargado de velar sobre todo lo concerniente al culto (6). Estas asociaciones eran locales y pa-

(1) MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*, IX, 1, 2.

(2) MABLY, *Observaciones sobre la Historia de la Grecia*, libro I.

(3) GOGUET, *Del origen de las leyes*, t. III, p. 58-60.

(4) SAINTE-CROIX, p. 99-101, 310.

(5) DYONYS., HALL., IV, 25.

(6) Siguiendo esta opinion se escribe *amphiction*, y esta palabra se deriva de ἀμφί y κτίω ou κτίω.

sajeras por su naturaleza (1). La única que se conservó fué la de Delfos; desempeñó un papel más importante en la vida del pueblo helénico, porque iba unida al templo de Apolo, divinidad nacional de la raza dórica, y cuyo culto se extendió con ella por toda la Grecia (2). Sin embargo, el culto y la asociacion no fueron exclusivamente dóricos. Habia en las cercanías de Delfos un antiguo culto pelásgico, cuyo centro era el templo de Céres; la anficionía piláica se unió á la de Delfos; esto fué como el símbolo de una alianza entre la raza conquistadora y los antiguos habitantes de la Grecia (3).

Las atribuciones de la Anficionía de Delfos no eran diferentes de las de otras asambleas del mismo nombre. Un consejo elegido por los pueblos anficionicos cuidaba del templo; administraba sus riquezas y velaba por la observancia de sus privilegios. Estas funciones religiosas llevaban consigo una especie de jurisdiccion sobre los que violaban los derechos del santuario; el dios tomaba bajo su proteccion á los fieles que venian á ofrecerle sacrificios. Como la religion se mezclaba á todo en la antigüedad, la influencia de aquella asociacion, fundada en la comunidad del culto, se extendió naturalmente á todas las esferas entre los pueblos asociados. Se concibe que estando unidos por la religion no se hayan considerado como extranjeros, como enemigos, que se hayan formado entre ellos lazos de humanidad, y que hasta la guerra, si llegaba á turbar su concordia, fuese pasajera. Hallamos una prueba de la accion política de los Anficiones de Delfos en el antiguo juramento de los pueblos aliados, cuya fórmula nos ha sido conservada por Esquines. Se obligaban «á no destruir ninguna ciudad anficionía; á no cortar, ni en guerra ni en paz, las aguas que las regaban; á atacar al pueblo que faltaba á este compromiso, y á destruir sus ciudades; á emplear sus piés, sus manos, su voz,

(1) SAINTE-CROIX, p. 115 y sig.—*Real Encyclopädie*, t. I, p. 422-424.

(2) La tradicion que refiere el establecimiento del consejo de los anficiones á Anficion, uno de los héroes de la raza helénica, es como un símbolo del origen dórico de la confederacion (GERLACH, p. 5-8).

(3) MÜLLER, *Die Dorier*, I, 263.—GERLACH, p. 12-16.—*Real Encyclopädie*, t. I, p. 429.

todo su poder para castigar á todo profanador del tesoro de Apolo, á todo cómplice y á todo instigador del sacrilegio» (1).

Habia en la organizacion del consejo anfictiónico gérmenes de un sistema federal. Los pueblos helénicos estaban representados en él por medio de diputados, los cuales se reunían dos veces al año; se hace mención además de una gran asamblea (2) en la que entraban todos los Griegos que se hallaban presentes en Delfos en la época de las ceremonias religiosas que tenían lugar juntamente con las deliberaciones. Esta asamblea general del pueblo, este consejo en el cual los Estados votaban sobre sus intereses comunes por medio de sus representantes, hubieran podido hacer nacer la idea de una verdadera confederacion que uniera en un solo cuerpo todas las repúblicas griegas. Mas no sucedió así. El ensayo de la organizacion federal no tuvo lugar en Grecia hasta una época en que la nacion se encontraba ya en plena decadencia; durante su poder las repúblicas griegas no pensaron en abdicar una parte de aquella independencia que tanto amaban, para asegurar á la patria comun la paz en el interior y la fuerza en el exterior. La institucion anfictiónica fué puramente religiosa. La asamblea de los Anfictiones, áun cuando formada con los diputados de todos los pueblos asociados, no recibía su autoridad de esta delegacion: no hablaba en nombre de la Grecia, sino en nombre del Dios de Delfos: los Anfictiones no eran un cuerpo representativo, sino un *colegio sagrado*: las reglas que observaban no eran principios políticos, sino *dogmas religiosos*. Los diputados eran designados con el nombre de *hieromnemonos*, ó conservadores de las costumbres sagradas (3). Sus decretos eran una especie de excomunion: prohibían la entrada en el templo de Delfos á los que no respetaban sus decisiones (4).

Únicamente en la esfera religiosa tuvieron alguna autoridad los

(1) AESCHIN., *De fals. legat.*, 115, Bekk.—EGGER, *Memoria sobre los tratados públicos en la antigüedad* (1860), p. 11.

(2) Ἐκκλησία; en los decretos esta asamblea se llamaba τὸ κοινὸν τῶν Ἀμφικτυόνων. AESCHIN., c. *Ctesiph.*, 124 (Bekk.).

(3) ETYMOLOG. MAGN., v.º ἱερομνήμονες: «ἵερὰ δὲ εἰσι τὰ Ἀμφικτυονικὰ δόγματα, καὶ ἵερὸν τὸ συνέδριον τῶν Ἀμφικτυόνων.»

(4) SAINTE-CROIX, p. 53. La manera misma de comenzar los decretos revelaba la mision religiosa de los Anfictiones; decían: «Bajo el pontificado de.....»

Anfictiones. Unos enviados del Peloponeso, que iban á consultar al oráculo, fueron maltratados por los habitantes de Megara: el tribunal anfictiónico, considerando que la mision de los enviados era sagrada (1), condenó á los culpables á unos á muerte y á otros á destierro. Una de las ocasiones más memorables en que los Anfictiones desempeñaron, al ménos aparentemente, un papel importante, es la primera guerra sagrada. Los habitantes de Cirra, puerto situado cerca de Delfos, abusaron de su situacion é impusieron derechos excesivos á los viajeros; llevaron su impía audacia hasta saquear el templo de Apolo. Consultado el oráculo por los Atenenses acerca del castigo á que se habian hecho acreedores los sacrilegos, respondió: «¡Guerra á los de Cirra, de dia, de noche! Perseguidlos con el hierro, con el fuego, con la esclavitud; consagrados á Apolo, á Diana, á Latona, á Minerva, sus tierras completamente abandonadas: no trabajéis en ellas ni permitais que nadie trabaje» (2). Dada esta respuesta, los Anfictiones declararon la guerra á los de Cirra. Su decreto fué provocado por Solon, el cual, segun su biógrafo, llamó la atencion de la Grecia entera con el discurso que pronunció en pro del templo de Delfos (3). ¿Por qué Atenas, obedeciendo á su gran legislador, tomó tan vivamente la defensa de la religion ultrajada? Quisiéramos creer que uno de los grandes hombres de la Grecia habia concebido el elevado pensamiento de preparar la unidad de la raza helénica, sosteniendo la autoridad de los Anfictiones (4). Pero tal vez es más exacto admitir con Sainte-Croix que Atenas veía en Cirra, cuyo comercio se extendía hasta Italia, una rival peligrosa, y en el sacrilegio una ocasion favorable para arruinarla. La ejecucion del decreto de los Anfictiones prueba cuán desprovista de poder estaba aquella asamblea; fué necesaria una guerra de diez años para someter dos pequeñas ciudades, como si se hubiera tratado de un nuevo sitio de Troya. Cirra, llamada en otro tiempo la afortunada, fué arrasada, sus habitantes vendidos ó desterra-

(1) PLUTARCH., *Quest. græc.*, núm. 59.

(2) AESCHIN., c. *Ctesiph.*, 68, 69 (Bekk.).

(3) PLUTARCH., *Solon*, 11.

(4) Esta es la opinion de LERMINIER, *Estudios de historia y de filosofía*, t. II, p. 164 y sig.

dos, y su suelo consagrado conforme á la órden del oráculo (1). El puerto de Cirra recibió el nombre de *puerto de las imprecaciones*. Montesquieu ha hecho notar la extraña contradicción que existía en el juramento de los Anficiones; juraban no destruir una ciudad griega, y, sin embargo, si alguna de las ciudades violaba las leyes de la asociación, se comprometían á hacerle una guerra á muerte (2). La suerte de Cirra es un testimonio terrible de esta contradicción y una prueba irrecusable de la falta de humanidad en los Helenos: los pueblos anfictiónicos se miraban como hermanos; pero el juramento que los unía era una ley de sangre.

La guerra de Cirra era una guerra sagrada. Fuera de la esfera religiosa la acción de los Anficiones fué poco frecuente y nunca espontánea; obraron siempre bajo la inspiración de una de las repúblicas dominantes. Cuando Atenas conquistó con su heroísmo la hegemonía, la gloria despertó la ambición. Deseaba poseer la isla de Sciros, para fundar allí una de aquellas colonias cuyo establecimiento revelaba el espíritu de conquista que la animaba; la piratería á que se entregaban los Dolopes sirvió de pretexto para la ocupación de la isla, y los Anficiones dieron color legal á su expulsión (3). La piratería merecía ciertamente fijar la atención de una asamblea que tenía en su mano los destinos de la Grecia, porque el bandolerismo era una de las llagas de la sociedad helénica; pero los Anficiones no pensaban en establecer entre los Griegos un estado de paz, y, á no ser por la ambición de Atenas, los Dolopes hubieran continuado en su ejercicio de piratas, lo mismo que los demás corsarios que infestaban los mares.

Cuando Epaminondas rompió el tiránico yugo de Esparta, los Anficiones redactaron sus decretos bajo la inspiración de Tébas.

(1) ESQUINES refiere las imprecaciones del oráculo (c. *Otes.*, 110, 111, Bekk.): «Si hubiere transgresores, particulares, ciudad ó pueblo, sean malditos de Apolo, Diana, Latona, Minerva; ¡que la tierra les niegue sus frutos! ¡que sus mujeres no den á luz más que monstruos! ¡que su ganado no engendre conforme á naturaleza! ¡que sean vencidos en la guerra, en los tribunales, en las asambleas! ¡que se los extermine, á ellos y sus casas, y sus razas! ¡que jamás puedan sacrificar santamente á Apolo, á Diana, á Latona, á Minerva, y que sean rechazadas sus ofrendas!»

(2) MONTESQUIEU, *Espritu de las leyes*, XXIX, 5.

(3) PLUTARCH., *Cim.*, c. 8.—SAINTE-CROIX, p. 49.—WACHSMUTH, t. I, p. 167

Condenaron á los Lacedemonios á una crecida multa por haberse apoderado de la Cadmea en plena paz (1). Este atentado merecía ser castigado por una asamblea que, si no representaba á la Grecia, era por lo ménos el órgano de la conciencia general y de los sentimientos religiosos de la nación; pero hubiera sido de desear que los Anficiones hubiesen tomado la iniciativa sin esperar á la victoria de Leuctra para manifestar su indignación. Bajo la hegemonía de Tébas, la Grecia tuvo otra guerra sagrada; los Anficiones no figuraban en ella más que como instrumentos de las malas pasiones de los Griegos y de la ambición de Filipo. La Sibila pronunciaba oráculos favorables á Filipo, y los Anficiones estaban á las órdenes del futuro vencedor de Queronea (2).

Estos rasgos de la acción política de los Anficiones son una prueba suficiente de que no formaban una confederación, y de que sus asambleas no eran los Estados generales de la Grecia. No merecen, pues, el bello título de *consejo comun de los Helenos* que le dan los autores antiguos (3). ¿Procede esta denominación de la época en que todas las tribus helénicas próximas á Delfos formaban una asociación (4), ó es la expresión de la vaga necesidad de unidad que experimentaban los Griegos á pesar de sus continuas divisiones? Verdad es que los hechos no corresponden á este ideal. El consejo anfictiónico no comprendió siquiera á todos los Griegos; poblaciones poderosas, como la Etolia y la Arcadia no estaban representadas en él. Aquel pretendido órgano de los intereses generales de la Grecia se calló en las circunstancias más graves, cuando la voz de una autoridad superior hubiera salvado la patria. No solamente no intervinieron los Anficiones en las guerras médicas, sino que la mayor parte de los Estados del norte abrazaron el partido de los Bárbaros, mientras que sus hermanos se ponían de acuerdo en Corinto y en Esparta para la defensa del territorio helénico. En la funesta guerra del Peloponeso no interviene el consejo anfictiónico; y cuando los Griegos, aniquilados por sus luchas

(1) DIODOR., XVI, 23.

(2) PAUSAN., X, 2, 1.

(3) Κοινόν τῶν Ἑλλήνων συνέδριον (DEMOSTH., *de Coron.*, 155, p. 279).—«*Commune Græcia concilium*» (CICER., *de Invent.*, I, 23).

(4) HERMANN, *Griech. Staatsalt.*, § 12.—*Real Encyclopädie*, I, 423.

intestinas, se entregaron en brazos de la raza macedónica, sus asambleas no se reunieron en Delfos sino en Corinto.

¿Deducirémos de aquí, como Demóstenes, que los Anficiones no tenían en la vida helénica más importancia que *la sombra de un asno*? (1). Debemos juzgar esta institucion, como todas las que se relacionan con la nacionalidad helénica, bajo el punto de vista de la Grecia. Como institucion política los Anficiones merecian el desden del gran orador; pero hubiera debido culpar á la nacion que carecia del genio de la unidad, y no á los diputados que se reunian en Delfos. Pero si la Grecia no alcanzó la unidad política, necesitaba, no obstante, para realizar su mision, el sentimiento de una comunidad intelectual. Este lazo de los espíritus no se palpa, no se ve, más no por eso es ménos poderoso. En este orden de ideas los Anficiones tuvieron una importancia que no debemos desconocer. El consejo anfictiónico era un punto de reunion para todos los Estados de la Grecia. Dorios y Jonios se reunian allí, y deliberaban como hermanos acerca de sus comunes intereres; estas reuniones hacian conocer á las poblaciones helénicas que, á pesar de sus divisiones, formaban un pueblo; el juramento de los diputados anfictiónicos les recordaba que debia reinar entre las ciudades griegas un derecho de guerra más humano que con las naciones extranjeras.

§ II.—El oráculo de Delfos.

¿Cómo ha podido ejercer una influencia favorable en los sentimientos, en las ideas y en los destinos de la Grecia una institucion obra del error ó de la mentira? Necesitaríamos hacernos Griegos para juzgar una institucion del paganismo. Escuchemos á uno de los más bellos genios de la antigüedad; Plutarco, alma religiosa, rodeada por una sociedad sin fe, se ha preocupado mucho de los oráculos: «Cuando considero, dice, los beneficios que el oráculo de Delfos ha proporcionado á los Helenos en la guerra,

(1) DEMOSTH., *De pace* (fine).

en la fundacion de sus colonias, en las calamidades públicas, debo condenar al que osáre atribuir á la casualidad su origen y primer descubrimiento, en lugar de creer que es un dón de la Providencia divina.» El historiador Eforo dice que el oráculo de Delfos ha sido fundado por Apolo y Témis en beneficio del género humano: «inclina á los hombres á la dulzura y á la moderacion, dice, mandándoles lo que han de hacer ó prohibiéndoles lo que es injusto» (1).

Para apreciar la importancia de los oráculos, debemos recordar que la religion penetraba toda la vida de los pueblos. Ahora, si comparamos el estado religioso de la Grecia despues de la conquista dórica con el politeísmo de la edad heróica, observaremos un cambio considerable. En el Olimpo de Homero apénas se descubren señales de unidad; los dioses están divididos y combaten entre sí como los hombres; solamente Júpiter tiene algunas tendencias más universales. Las relaciones de los dioses eran la imágen de las de los pueblos. Despues de la invasion doria hay realmente un Júpiter helénico (2), hay un órgano de la divinidad que inspira á los Griegos en todas sus acciones, en todos sus intereses. Más aún: el politeísmo llegó casi á ser una religion universal, pues el oráculo de Delfos respondia á los Bárbaros lo mismo que á los Helenos. Este gran progreso en la esfera religiosa revela una modificacion igualmente profunda en las relaciones de las poblaciones griegas. Los habitantes de la Grecia llegaron á señalarse, á distinguirse del resto del género humano como una nacion aparte; si hay un *Júpiter panhelénico*, hay tambien un pueblo de *Helenos*. En los siglos heróicos los dioses se repartian la tierra; los cultos eran particulares. Los conquistadores dorios hicieron prevalecer la autoridad de Apolo en la Grecia entera. Delfos llegó á ser la capital religiosa de los Griegos; todas las repúblicas enviaban allí sus embajadores sagrados á consultar oficialmente al oráculo.

El oráculo no intervenia solamente en materia religiosa; era consultado sobre la guerra y sobre la paz, y de este modo adquirió el carácter de una verdadera institucion política. Verdad es

(1) PLUTARCH., *De defectu oracul.*, c. 46.—EPHORE, ap. STRAB., IX, p. 291.

(2) Ἑλληῖος, πανελλήνιος; MAURY, *Religiones de la Grecia*, I, 408.

que el oráculo no ejercía una acción de iniciativa; respondía, aconsejaba, pero no mandaba. Pero los grandes hombres de la Grecia supieron hacer entrar al dios de Delfos en el secreto de sus designios, y dar á sus empresas la autoridad de la religion. Temístocles no hubiera tenido bastante ascendiente sobre el pueblo ateniense para hacerle abandonar sus hogares, á fin de salvar la libertad de la Grecia; pero cuando el oráculo hubo amenazado á la ciudad de Minerva con las mayores desgracias é indicó el remedio, los Atenieses no vacilaron; se sacrificaron por la independencia de la patria griega (1). El dios de Delfos hacía intervenir tambien su autoridad en las guerras que los Griegos se hacian entre sí; pero su acción no era en este punto libre, por el espíritu de division que reinaba entre las poblaciones helénicas. La voz de Apolo predicando la paz no hubiera sido escuchada por las facciones y por las repúblicas rivales que desgarraban la Grecia. Sin embargo, la religion se habia elevado á la idea de la paz entre los Helenos; la conciencia nacional comprendia que habia algo de impío en las luchas entre hermanos: una antigua costumbre prohibia consultar á ningun oráculo respecto del éxito de una guerra de Griegos contra Griegos (2). Verdad es que esta ley no fué observada; las pasiones de los Helenos dominaron á los intérpretes de los dioses hasta tal punto que se vió al oráculo dar sus consejos á los combatientes de todos los partidos. Pero no siempre sucedió así; á veces el dios de Delfos dejaba oír palabras de moderacion. En la guerra del Peloponeso el oráculo se declaró por el partido de los Lacedemonios; Atenas habia abusado de su hegemonia; al prometer su apoyo á las ciudades coaligadas contra la tiranía ateniense, Apolo sostenia la causa de la libertad (3). Cuando el Peloponeso, vencedor, quiso destruir la ciudad que habia oprimido á la Grecia, olvidando que aquella misma ciudad habia salvado á la

(1) HEROD., VII, 140-143.

(2) XENOPH., *Hell.*, III, 2, 22: Τὸ ἀρχαῖον—νόμιμον, μὴ χρησθηρῆσαι τοὺς Ἕλληνας, ἐφ' Ἑλλήνων πόλεμον. WACHSMUTH (t. I., p. 157) atribuye este uso únicamente al oráculo de Olimpia. Verdad es que lo aducen los de Elida en oposición á Agis; pero no lo citan como peculiar de Olimpia; los términos en que está concebida esta antigua ley son generales y aplicables á todos los oráculos.

(3) THUCYD., I, 118, 123; II, 54.

Grecia del yugo de los Bárbaros, el oráculo se declaró en favor de los vencidos contra los vencedores, á quienes cegaba el odio; respondió á los Lacedemonios que no debian romper el hogar comun de la patria griega (1).

Verdad es que ni el oráculo de Delfos ni los Anfictions consiguieron asociar á los Helenos. El oráculo no tenía más que una autoridad religiosa, y aún ésta muy limitada; habia en el politeísmo griego un principio de division que no permitia el establecimiento de un poder central. Delfos no podia, pues, ser la Roma de la Grecia; y si se considera que, á pesar de su dominio universalmente reconocido, el Pontificado cristiano no ha conseguido contener los rios de sangre que ha derramado la cristiandad, se apreciarán mejor los esfuerzos que hizo el oráculo de Delfos para introducir un poco de moderacion en las incesantes contiendas de las repúblicas griegas (2). Los órganos de Apolo no disfrutaban de un poder independiente; en lugar de dominar á las repúblicas que se disputaban el imperio de la Grecia, sufrían ellos la influencia del partido dominante; no pudieron impedir que los vencedores colocasen en el santuario mismo del dios monumentos destinados á eternizar el recuerdo de las victorias que unos Helenos habian alcanzado sobre otros Helenos (3). El oráculo de Delfos no fué, pues, como todos los elementos de la sociedad helénica, más que uno de los lazos intelectuales que impidieron que los Griegos cayeran en disolucion, pero que no tuvieron fuerza para unirlos en una sola nacion.

§ III.—Los juegos olímpicos (4).

Ningun pueblo ha sabido tanto como los Griegos embellecer su existencia por medio del canto, de la danza y de los juegos (5).

(1) AELLAN., V, H., IV, 6.

(2) Véase más adelante, libro III, c. II, § 3.

(3) PAUSAN., X, 9, 3; X, 10, 2; X, 13, 3, etc.

(4) *Encyclopédie d'Ersch*, en la palabra *Olimpische Spiele* (3.^a sec., t. III).

(5) WACHSMUTH, § 20.—BROUWER, *Hist. de la civil. griega*, t. II, p. 416.

Este dón divino no era privilegio exclusivo de la ligereza de los Jonios; el grave legislador de Esparta consagró una estatua á la Risa; queria que reinase la alegría en los banquetes públicos y en todos los ejercicios como para sazonarlos (1). Estas inclinaciones dieron origen á un gran número de instituciones que solamente se encuentran entre los Griegos: al ver el infinito número de banquetes públicos y de fiestas celebradas en todas las ciudades de la Grecia, diríase que los Helenos pasaban su vida en los placeres (2). El politeísmo Griego era la religion de la alegría; á todas las ceremonias del culto iban unidos los regocijos populares. «Los Helenos no comprendian que se pudiera honrar á los dioses sin hacer ostentacion de los dones de la fuerza, de la destreza y de la belleza, de la inteligencia y de la imaginacion, los mayores beneficios que los hombres tienen que agradecerles» (3). Además de estos juegos particulares, celebraba la Grecia solemnidades nacionales. No hay instituciones que caractericen mejor el genio griego que los juegos olímpicos, píticos, nemeos é ístmicos. Otros pueblos cuentan sus años por medio de sucesos memorables; los Helenos fijaron su era por medio de sus placeres; los nombres de los vencedores en los juegos olímpicos, inscritos en los registros de Elide, forman la base de su cronología. La religion, la comunidad de origen y de lenguaje, el interes mismo de su conservacion, no tuvieron poder bastante para reunir á los Griegos en un cuerpo de nacion; pero, áun cuando divididos en facciones hostiles y prontas siempre á exterminarse, recobraban la union y la paz en cuanto se trataba de entregarse á la alegría. Y es que, á pesar de las divisiones que los desgarraban, habia unidad en la civilizacion helénica, y esta unidad resplandecia en las fiestas comunes á toda la nacion.

Entre los grandes juegos, los más célebres eran los que se celebraban en Olimpia. Atribúyese su origen á Hércules: propuso, segun dicen, por premio una corona, porque él no habia aceptado

(1) PLUTARCH., *Lycurg.*, c. 25.

(2) En Atenas, de cada doce meses destinaban dos á las solemnidades religiosas (SCHOL. ARISTOPH., *Vesp.* v. 661). En Tarento el año no tenia bastantes días para la celebracion de las fiestas (STRAB., VI, p. 429, ed. Casaub.).

(3) MAURY, *Historia de las religiones de la Grecia antigua*, t. II, p. 295.

nunca recompensa alguna por los servicios que habia prestado á los hombres (1). Interrumpidos por mucho tiempo, estos juegos fueron restablecidos por Ífito y Licurgo (2). Los nombres del héroe dorio y del gran legislador, que figuran en esta tradicion, prueban que la institucion es esencialmente dórica. Al principio los Aqueos se mostraron poco dispuestos á tomar parte en las alegrías de los conquistadores; si algunos jóvenes guerreros, olvidando los males de la invasion, tomaban parte en las fiestas de sus vencedores, sus padres maldecian la gloria que en ellas obtenian: el odio de los vencidos podia más que su vanidad (3). Pero esta oposicion pasiva fué inútil; los Dorios vencieron; Esparta, potencia que dominaba en el Peloponeso, dió á los juegos olímpicos la importancia de una solemnidad nacional; bien pronto vencidos y vencedores se confundieron bajo el mismo entusiasmo. Ciceron dice que la victoria en los juegos olímpicos era considerada por los Griegos como una cosa más noble y más gloriosa que los triunfos romanos (4). Y á la verdad, al considerar los honores prodigados á los que alcanzaban á ser coronados, se debe reconocer que hubiera sido difícil exaltar más á los salvadores de la patria (5). Su dicha era proverbial; se la consideraba como igual á la de los dioses (6). La gloria no se limitaba al estrecho círculo de la familia; se extendia tambien á la patria del afortunado vencedor (7).

(1) PINDAR., *Olymp.*, II, 5.—POLYB., XII, 26, 2.—DIODOR., IV, 14.

(2) PLUTARCH., *Lyc.*, c. 1 y 23.—PAUSAN., V, 20, 1.

(3) PAUSAN., VII, 17, 13, 14.

(4) CICER., *pro Flacc.*, 13.

(5) La escultura los representaba sobre el mármol ó sobre el bronce; la poesia immortalizaba sus nombres; entraban en su patria con todo el aparato del triunfo, á veces por una brecha practicada en el muro de la ciudad; estaban exentos de todas las cargas y eran alimentados á expensas del Estado; tenian la precedencia en las ceremonias públicas; en Lacedemonia combatian, los días de batalla, cerca del rey (BARTHÉLEMY, *Viaje del joven Anacarsis*, cap. 38.—HERMANN, § 50, núms. 30, 31).

(6) PINDAR., *Olymp.*, III, 75 y sig.—PLATON, *Rep.*, V, p. 465, D.—LUCIAN., *Anacars.*, c. 10.—HORAT., *Carm.*, I, 1; IV, 2, 17.—Diágoras, vencedor en los juegos olímpicos, habia visto coronar á sus hijos y á los hijos de sus hijos y de sus hijas. Un Lacedemonio le dijo: «Muere, porque tú no puedes subir al Olimpo» (PLUTARCH., *Pelop.*, 34).

(7) ISOCRAT., *de bigis*, § 14: Τὰς πόλεις ὀνομαστάς γιγνομένας τῶν νικῶντων.—C. PLIN., H. N., VII, 27; XVI, 4.

¿Cuál era el objeto de unas solemnidades que inspiraban tanto entusiasmo á una nacion superior á todos los pueblos por los dones de la inteligencia? Los juegos estaban consagrados á los combates gimnásticos. Hoy, que cultivamos las facultades intelectuales á expensas de las fuerzas físicas, nos cuesta trabajo concebir la importancia que daban los Griegos á los ejercicios del cuerpo; y áun comprendemos ménos que se haya ensalzado hasta las nubes á los que se distinguían en estas luchas. Los Griegos han creído siempre como Ulises «que no habia mayor gloria para los hombres que la de ser diestros de piés y manos» (1). Reconocemos la utilidad de estos ejercicios en una edad de combates incesantes, en los cuales la victoria, disputada cuerpo á cuerpo, pertenecía á aquel cuyos miembros habian adquirido más flexibilidad y vigor. Sin embargo, no son, en nuestro sentir, las luchas corporales las que dan tan gran importancia á los juegos olímpicos. La gimnástica griega no tardó en degenerar: si la raza humana sufre hoy los vicios de una educacion que cultiva exclusivamente la inteligencia, los excesos producidos por la gimnástica de los Griegos nos manifiestan tambien lo que viene á ser el hombre cuando sus facultades no se desarrollan armónicamente. La educacion de los atletas, como la de la juventud de nuestras escuelas, se dirigia á hacerlos hábiles en los ejercicios particulares en que habian de disputar la victoria. Mutilados de esta manera, los hombres llegaban á ser impropios para la guerra (2).

Ya en la misma antigüedad los más eminentes espíritus buscaron en los juegos olímpicos otro fin más que una carrera en que se hacia ostentacion de las fuerzas del cuerpo. *Isócrates* y *Lisias* vieron en ellos un principio de fraternidad (3). Éste era, efectivamente, el objeto providencial de aquellas solemnidades. Las guerras continuas que desgarraban á los Griegos hubieran acabado por producir un estado de barbárie salvaje; necesitábase una tregua

(1) *Odyss.*, VIII, 148.

(2) XENOPH., *Conviv.*, II, 17.—Esta era la opinion de Epaminondas (CORN. NEP., *Epaminond.*, c. 2. 5), de Alejandro (PLUTARCH., *Reg. apophthegm.*, *Alex.*, número 8) y de Filopemen (PLUTARCH., *Philopem.*, c. 3).

(3) LISIAS., *Olympic.*, § 2: Ἐγίστατο (HERCULES) γάρ τον ἐνάδος σύλλογον ἀρχὴν γενέσθαι τοῖς Ἑλλήσιν τῆς πρὸς ἀλλήλους φιλίας.—C. ISOCRAT., *Panegy.*, § 43.

en sus sangrientas contiendas; las fiestas fueron un centro adonde concurrían todos los partidos con los dulces sentimientos que origina la alegría comun. Al reunirse en Olimpia gentes de todas partes de la Grecia y hasta de las más lejanas colonias, los Helenos sentían que eran hermanos. Los Estados se hacían representar por medio de embajadas religiosas (1); la reunion de aquellas comisiones y de aquellos innumerables espectadores, hacia, por decirlo así, de los Griegos que asistían á los juegos olímpicos como una asamblea de la nacion. Allí, más que en el consejo de los Anfictiones, se trataba de asuntos políticos, se celebraban tratados de alianza ó de paz; los tratados celebrados eran grabados en columnas que se erigían en Olimpia, para poner de este modo los compromisos que contenían bajo la salvaguardia de la fe de la Grecia entera (2). Los Helenos eran amigos de hacer ostentacion de sus sentimientos; cuando una ciudad habia recibido un beneficio, buscaba la publicidad de los juegos para manifestar su reconocimiento ofreciendo coronas á sus bienhechores (3).

No pretendemos que estas reuniones, consagradas en primer término al placer, hayan suplido entre los Griegos la falta de una verdadera unidad nacional. La importancia misma que daban las ciudades á la victoria de sus ciudadanos alimentaba pequeñas rivalidades de ambicion y de envidia que las dividían (4). Pero estos gérmenes de division eran innatos en la raza helénica; hubieran destruido á la Grecia, ó la hubieran expuesto indefensa á los ataques de los Bárbaros, si no hubieran existido lazos que mantuvieran unidas poblaciones que parecían querer disolverse incesantemente. En la antigüedad el amor á la patria se manifestaba frecuentemente bajo la forma de odio al extranjero; los Griegos se destrozaban mutuamente, pero se unían en su aversion comun á

(1) Los teores, θεωροί.

(2) THUCYD., III, 8, 14; v. 18, 47.

(3) Decreto de los Bizantinos, por el que conceden á los Atenienses la isopolitia: «Se enviarán *teorias* á los cuatro juegos principales para proclamar las coronas que ofrecen á sus bienhechores, á fin de que todos los Helenos se enteren de la generosidad de Atenas y del reconocimiento de Bizancio» (DEMOST., *de Coron.*, § 90, 91, p. 255 y sig.).

(4) WACHSMUTH, § 20 (t. I, p. 156).—THIRLWALL, *Geschichte Griechenlands*, t. I, p. 409.

los Bárbaros. Al celebrar los juegos nacionales recordaban los Helenos que formaban una raza aparte, raza privilegiada y profundamente distinta de las demás naciones. El oráculo de Delfos daba sus consejos lo mismo á los extranjeros que á los Griegos; en los juegos olímpicos solamente los Griegos eran admitidos (1). Algunos Helenos fueron expulsados ignominiosamente de Olimpia, porque al negarse á combatir á los enemigos de la Grecia se habían hecho en cierto modo Bárbaros (2). Así el sentimiento nacional resplandecía en aquellas reuniones, que en apariencia sólo estaban destinadas á la alegría. Cuando el vencedor de Salamina apareció en el estadio, los espectadores olvidaron á los combatientes y fijaron en él incesantemente sus miradas: lo señalaban con exclamaciones de admiración y lo aplaudían con las manos. El grande hombre confesó á sus amigos que aquella recompensa era digna de lo que había hecho por la Grecia (3).

Los Helenos no estaban llamados á formar una nación; los elementos de unidad que existían en la raza helénica no debían manifestarse más que en el orden intelectual. Los juegos nacionales fueron los que contribuyeron á mantener en los Griegos el sentimiento de una nacionalidad fundada en una civilización distinta y original. La antigüedad carecía del poderoso instrumento de comunicación que los pueblos modernos han encontrado en la prensa. En el interior de cada ciudad la plaza pública servía de periódico; pero había pocas relaciones de una república á otra. Las solemnidades de Olimpia fueron un motivo de reunión para la Grecia entera. Necesitaríamos tener la facultad de trasportarnos en medio de aquella nación viva, ingeniosa, comunicativa, para formarnos idea de los pensamientos y sentimientos que se cruzaban en aquellas asambleas que contenían todos los hombres ilustres de la Grecia, ya por la gloria militar, por el talento oratorio ó por el

(1) Habiéndose presentado en la liza un rey de Macedonia, los que debían disputar el premio de la carrera quisieron hacerle excluir como bárbaro; tuvo que probar su origen griego (HEROD., v, 22).

(2) Temístocles hizo expulsar por este motivo á Hierob, tirano de Siracusa (PLUTARCH., *Temíst.*, c. 25.—ABELIAN., v, H. IX, 5).

(3) PLUTARCH., *Temíst.*, 17.

genio literario (1). Aquella escogida sociedad necesitaba un alimento diferente del que le ofrecían los ejercicios del cuerpo. Los filósofos, los historiadores, los poetas, los artistas, inducidos por la noble ambición de alcanzar el sufragio de la Grecia que para ellos era el mundo civilizado, se presentaron en los juegos olímpicos, no á disputar coronas, sino á recoger gloria. Herodoto leyó ante la nación congregada en Olimpia la historia de la lucha heroica de los Helenos contra los Bárbaros; y agradó de tal modo á sus oyentes, que los nueve libros de que consta fueron designados con los nombres de las nueve musas. Los pensadores, cuyas meditaciones profundas abarcaban las más altas cuestiones de la metafísica, no podían, por la naturaleza misma de sus trabajos, dirigirse á una asamblea numerosa, pero la Grecia poseía una especie de filósofos cuya influencia sobre la conciencia pública fué perniciosa tal vez, pero cuyo ingenio no se puede poner en duda: los sofistas cautivaban á los Helenos por la asombrosa variedad de sus discursos y por la belleza de sus pensamientos. Conformándose con los sentimientos de sus oyentes, celebraban la gloria de los griegos, los exhortaban á olvidar sus enemistades y á unirse contra el enemigo común, los Bárbaros (2). Lisias, uno de los grandes oradores de Atenas, pronunció en los juegos olímpicos un discurso que tenía el mismo objeto (3).

Isócrates aplaude á los fundadores de los juegos olímpicos, porque han proporcionado á los Griegos ocasión para reconciliarse, abjurando los odios que los separaban (4). No vemos que aquellas solemnidades hayan inspirado á los Helenos el deseo de la paz y de la unión; sin embargo, tienen grande importancia en el desenvolvimiento pacífico de la humanidad: en aquellas reuniones consagradas al placer nació la primera idea de la paz. La garantía de la paz era necesaria para la celebración de las fiestas en un país en que no era posible dar un paso fuera de la ciudad sin encontrar un enemigo: de aquí nació la idea de una suspensión de hostilida-

(1) CICERON dice que los espectadores de los juegos olímpicos eran lo más escogido de la Grecia (TUSCUL., v, 3.—C. LUCIAN., *Anacars.*, 11).

(2) PHILOSTRAT., *Vit. Sophist.*, I, 11 y 9 (p. 496, 493, ed. Olear.).

(3) DION., *HAL.*, *Lys.*, p. 520.—DIODOR., XIV, 109.

(4) ISOCRAT., *Panegy.*, § 43.

des mientras duraban los juegos nacionales (1). Se decía que los dioses ó los héroes, á quienes se atribuía el origen de los grandes juegos, habían impuesto esta ley á los Griegos. Hércules estableció la tregua con la misma pacífica intención que inspiró todos sus trabajos (2). La tradición, que supone que los juegos olímpicos fueron restablecidos por Licurgo é Ifito, les atribuye también las reglas del armisticio que durante los mismos se observaba (3). Era una época sagrada (4): los habitantes de Elide enviaban á todas las ciudades heraldos, ministros de Júpiter para anunciar la fecha á partir de la cual los ejércitos no podían ya invadir el país enemigo: las guerras empezadas se suspendían. Los que violaban las órdenes del dios supremo eran hechos esclavos; un tribunal pronunciaba la sentencia en el santuario de Olimpia (5). La paz terminaba con las solemnidades cuya celebración la motivaba, pero era permanente para la Elide. Esta consagración de todo un país á Júpiter es la concepción más bella del politeísmo helénico. La Elide no podía ser nunca teatro de la guerra: los Griegos al entrar en ella dejaban de ser enemigos, y se convertían en hermanos y conciudadanos; los soldados que atravesaban aquella pacífica comarca deponían sus armas (6). Los felices habitantes de la Elide hacían una vida santa, dedicándose á los trabajos del campo (7). Diríase que la edad de oro se realizaba; pero no era, sin embargo, más que la profecía de un porvenir muy distante; este ideal no fué más que un sueño para los Griegos. Los habitantes de la Elide se dejaron arrastrar en las discordias que ensangrentaron la Grecia durante la guerra del Peloponeso; si ellos mismos violaban su neutralidad, ¿cómo habían de esperar que el enemigo la respetase? La paz no fué más que un recuerdo de los tiempos antiguos. Un historiador griego, viendo desplomarse las instituciones y las liber-

(1) XENOPH., *Hell.*, IV, 5, 1, 2; IV, 7, 2, 3.

(2) No hacía jamás la guerra más que por necesidad, dice POLIBIO; no imponía ningún mal á los mortales por su propio impulso (POLIB., XII, 26, 2).

(3) PAUSANIAS vió aún en Olimpia el disco sobre el cual estaba inscrita la fórmula solemne de la tregua; el nombre de Licurgo estaba grabado allí (PAUSANIAS., V, 20, 1.—PLUTARCH., *Lycurg.*, c. 1, 23).

(4) Ἱερουργία, el mes sagrado.

(5) O. MÜLLER, *Die Dorier*, t. I, p. 139, s.—ERSCH, *Encyclopædie*, p. 298, s.

(6) STRAB., VIII, p. 247, ed. Casaub.

(7) Ἱερὸν βίον (POLYB., IV, 73, 9, 7).

tades de su patria, hizo votos por el restablecimiento de aquella paz sagrada, «que los mortales no se cansan de pedir á los dioses, única cosa en que todos los hombres están conformes, considerándola como el mayor bien» (1). Los deseos de Polibio no se cumplieron; la Elide, como el resto de la Grecia, no halló la paz más que con la pérdida de su independencia.

¿Deberemos por esto considerar como una cosa insignificante la tregua que la religión trató de imponer á los Griegos? Indudablemente no era la paz el objeto que se habían propuesto los fundadores de los juegos olímpicos (2); bajo este punto de vista hay una inmensa diferencia entre la institución griega y la tregua que el cristianismo impuso á las pasiones guerreras de la Edad Media. Pero no incurramos en exageración desdeñando el politeísmo y admirando una religión que ciertamente es superior á la otra. La tregua de Dios se santifica por el objeto que se proponía, el establecimiento de la paz entre los hombres. Pero ¿á qué se reducía esta paz? Al imperio del derecho entre los miembros de un mismo Estado, no de la paz entre las naciones: su tendencia era á suspender las hostilidades de las guerras privadas, y no las luchas entre los pueblos. Así la tregua de Dios era una institución de derecho privado más bien que de derecho internacional. A pesar de sus divisiones no vivían los Griegos en la anarquía que caracteriza al feudalismo; desconocían el derecho de guerra privado, y no necesitaban, por consiguiente, de una tregua que limitara las violencias cotidianas de los que apelaban á las armas para dirimir sus contiendas. La tregua producida por los juegos olímpicos era una verdadera suspensión de hostilidades entre pueblos enemigos. En todas las naciones de la antigüedad existía un uso análogo. Esta es una notable manifestación de la influencia pacífica que ejerce la religión, aún cuando admite la diversidad de dioses. ¿Por qué no hemos de ver en la Elide, inviolable como su templo (3), una imagen profética del porvenir? Es un ideal hácia el cual se dirige incesantemente la humanidad, aún cuando nunca haya de alcanzarlo.

(1) POLYB., IV, 74.

(2) WACHSMUTH, *Hell. Alterth.*, t. I, p. 150.

(3) BULWER, I, 5, 18: «A whole state one temple.»